



“La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras”

p. 649-658

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La formación histórica en la Facultad de Filosofía y Letras

649

En 1910 se organizaron en México las fiestas del centenario de la Independencia y, como es natural, renació con estos festejos la Universidad Nacional a través de don Justo Sierra, la gran figura, el extraordinario historiador; también surgió la Escuela de Altos Estudios que, andando el tiempo, se convertiría en la Facultad de Filosofía y Letras en la que ustedes están inscritos o han hecho sus carreras de historia, en general, o con una especialidad, en algunos casos, hacia la historia de México, abarcando esta última todo lo que ustedes conocen y que va de la época prehispánica hasta la época actual.

En México, a comienzos de 1945, dos o tres corrientes históricas se disputaban la atención del público interesado y apasionado en el transcurrir de la historia y en el mensaje que ella implica; una primera escuela, vamos a llamarla tradicionalista, hispanista, positivista en cuanto a la formación de sus líderes y de los profesores que la encabezaban (voy a nombrar dos o tres para que recuerden a algunas personas o para que los noveles las tengan muy en cuenta: don Pablo Martínez del Río, don Julio Jiménez Rueda, don Ignacio Rubio Mañé y don Silvio Zavala, entonces muy joven, quien comenzaba a hacer una carrera que culminó espléndidamente en nuestro tiempo), era una escuela positivista, cientificista, cuyos métodos se apoyaban en la filosofía comtiana y en la investigación, en la acumulación y elaboración de

datos para formar un corpus interpretativo de carácter estrictamente científico, objetivo.

La otra era una escuela marxista (o pseudomarxista, sería mejor decir), que no tenía representación en la Facultad de Filosofía y Letras, pero sí la tenía, y muy importante, con profesores extraordinarios (fui yo uno de ellos); me refiero a la Escuela Normal Superior en donde la filosofía que imperaba en la construcción o en la invención o en la interpretación de la historia era la corriente marxista; era un marxismo ingenuo, poco fundamentado científicamente, más bien emocional. Se hacían ciertas cosas importantes y podemos destacar entre ellas las que hizo don Miguel Othón de Mendizábal, gran maestro muy querido. Otros personajes muy importantes fueron Ramón Pedrueza, Chávez Orozco, Teja Zabre, todos ellos influidos por esta filosofía marxista, interpretada, mal que bien, como ellos procuraron presentarle a la juventud mexicana una interpretación de la historia que fuese viable y que acabase con las formas tradicionales de culto a los héroes, unos héroes que están un poco revestidos de una alharaca histórica demasiado falsa, sin profundizar en la realidad vital de carne y hueso de estos hombres a los que llamamos héroes. Fue una historiografía importante porque descubrió nuevos matices, nuevos ángulos de interpretación de la historia mexicana; todavía quedan rasgos suyos por aquí y por allá pero ya no tienen la importancia de aquellos cuatro próceres que intentaron hacer una historiografía marxista con todas las limitaciones que acarrea la falta de conocimientos profundos acerca de la filosofía de Marx.

La tercera fue una escuela inaugurada por el doctor O’Gorman, que tuvo cierta representación con Justino Fernández, uno de los grandes historiadores del arte mexicano, e iniciada también por Toussaint. Vino a reforzar esta escuela, que yo llamo historiológica, la presencia de los españoles transterrados, algunos tan importantes como don José Gaos, en la Facultad de Filosofía y Letras, y un historiador profesional: Ramón Iglesia. Esta historiografía rompió lanzas contra todas las interpretaciones anteriores: la científicista o positivista de la primera escuela y, por supuesto, la escuela marxista; los historiógrafos de esta corriente estaban más atentos a una verdad humana que a una interpretación dogmática de la escuela y de los intereses de una historia nacional.

Dicho esto, voy a presentarles a continuación un discurso muy breve, lo más breve que pueda, donde daré consejos (incluso utilizaré la palmeta del *magister dixit*; me refiero a la palmeta intelectual); ustedes podrían pensar –y

pensarían muy bien y qué bueno que lo hagan— en decirme lo que decía el gran maestro italiano: “no me deis consejo, yo sé equivocarme solo”; no es mala la cosa pero, en fin, yo cumplo con mi tarea de darles consejos a estos alumnos noveles —cuyas caras veo por primera vez, y a la recíproca también—, y a otras personas que sí ya las conozco, viejos alumnos míos que hoy son profesores muy notables.

¿Qué necesita un futuro profesor de historia —imágenes qué cuestión—, un futuro historiador? En primer lugar, yo no hago distinciones muy específicas entre el historiador en la docencia, en la enseñanza de la historia, y el historiador en la investigación; creo que las dos cosas se pueden unir (yo lo he hecho toda mi vida), claro que cada persona tendrá mayor interés —por su modo de ser, o por lo que sea— por la enseñanza que por la investigación, o viceversa, pero las dos cosas son posibles y un maestro debe de hacerlas en primer lugar.

Por un lado, se exige a los alumnos una serie de conocimientos sobre el saber histórico nacional y universal, distinción que a mí me parece un poco tonta. ¿Por qué historia nacional e historia universal?, ahí está la pregunta. Bueno, además de esto, modernamente se le pide a los alumnos que sepan además de computación —muy importante porque les va a facilitar mucho el trabajo—, idiomas; un historiador sin idiomas es un historiador cojo de las dos piernas; el historiador necesita asomarse, abrir la ventana y ver afuera qué es lo que hay, lo que está escrito en idiomas extranjeros. Hace tiempo dijo Moisés González que ya no podemos escribir o investigar historia de México sin contar con las fuentes de segunda mano o, si se quiere, de tercera, pero fuentes importantes norteamericanas, porque ¿en qué no han llamado su atención los norteamericanos respecto de la historia mexicana?; han abordado todos los temas y hay que decir que muchos de ellos (o la mayoría), con honestidad y profundidad.

Desde hace poco tiempo también hemos sabido cómo los rusos se han aplicado al estudio de la historia mexicana y han hecho investigaciones importantes dentro de su filosofía marxista, o de la interpretación marxista o pseudomarxista, sobre la historia mexicana; recuerdo por ejemplo la historia de Rudenko, la de Alperovich o la de Rigolevich, una serie de historias sobre la Revolución mexicana, que es el tema que les ha interesado sobremanera, en donde, por ejemplo, Obregón no aparece, no tiene lugar; imagínense: hacer una historia mexicana donde no aparece Obregón es no entender tampoco qué ha pasado con la Revolución mexicana.

Le pregunté a Rudenko y a Rigolevich qué pasó con Obregón; la respuesta fue: “es que en nuestro esquema no cabe”. Hay que tener mucho cuidado con esa historia dogmática, con los esquemas rígidos, donde ciertas cosas tan importantes no tienen cabida. Recuerdo que en una ocasión le preguntó un alumno a Hegel: “maestro, de acuerdo con la cosmología que usted nos ha presentado, tal constelación no cabe”; a lo que Hegel contestó: “si no cabe no importa, no hagan cuenta de ella”.

Mi experiencia personal es que, mientras mayor sea el número de determinantes que ustedes estudien e incorporen a la investigación, más cerca estarán de la verdad: nunca van a alcanzar la verdad con mayúscula, no está en ninguna parte; la verdad condicionada, en minúscula, sí se puede ir alcanzando. Mas no se hagan ilusiones de que van a tener la verdad en la bolsa, esa verdad universal que todo el mundo va a aceptar; la verdad que busca el historiador depende de las circunstancias propias del historiador, o sea, de sus perspectivas y de las circunstancias: perspectivismo y circunstancialismo, de acuerdo con la filosofía de Ortega y Gasset.

La carrera de historiador es una de las más difíciles de aprender o la más difícil de todas; no lo digo yo, repito lo que dijo Ortega y Gasset; la historia no se puede enseñar, nosotros no podemos enseñarles la historia a ustedes, tienen ustedes que aprenderla por su cuenta; sí les podemos proporcionar los métodos, la manera de aproximarse al conocimiento histórico, la manera de investigar conociendo idiomas, etcétera, eso sí lo podemos hacer y lo hacemos, pero enseñarles la historia depende de cada uno de ustedes, de sus lecturas, de su formación, de sus conocimientos, de su interés por indagar en qué consiste el conocimiento histórico, el saber de la historia. Lo más que podemos hacer los profesores, repito, es enseñarles los métodos y sistemas de investigación; les podemos enseñar cómo se hace la crítica de las fuentes, de los sistemas filosóficos que interpretan la historia de modo distinto, pero nada más.

La historia es una ciencia peculiar ideográfica, que consiste en indagar lo que es el hombre a través de lo que ha hecho; interpretando, pues, diciendo lo que hizo el hombre, es como hacemos historia. Las ciencias físico-matemáticas actuales estudian a la naturaleza para develar sus secretos, pero dos grandes investigadores, dos grandes científicos –Einstein uno, e Infeld el otro–, en su famoso libro *La evolución de la física*, nos dicen que la ciencia no es ni será jamás un libro terminado; todo avance importante trae nuevas cuestiones, todo proceso real revela a la larga nuevas y más hondas dificultades:

y si esto ocurre en el campo de la ciencia donde las leyes de la repetición pueden comprobarse, imagínense ustedes en la historia, donde tales leyes no existen (salvo los sociólogos muy optimistas que siguen pensando que es posible crearlas y responder con ellas a la interpretación histórica).

La ciencia de la historia se empeña por su lado en acumular determinantes para esclarecer la verdad, la verdad concreta, la que escribimos, repito, con minúscula, y que se halla condicionada internamente por la historia de la propia disciplina, y externamente, como dije, por la situación social, religiosa, política, económica, etcétera, de suerte que la verdad de hoy, la que inventa o descubre el historiador, no es la misma que la verdad de ayer y no será la misma que la verdad de mañana; la verdad será aquella que sirva o se adapte para explicar una situación en un momento determinado de la historia. Me dirán ustedes que esto es pirronismo histórico, escepticismo extraordinario, y respondo: si supiéramos lo que es en verdad el hombre, no habría problema, pero realmente nadie sabe todavía lo que es el hombre salvo acaso Dios, el dios de los creyentes; esto es otro problema. Por consiguiente, las verdades para una generación (la de ustedes) han de ser diferentes de las verdades de la generación pasada y serán diferentes de las de la generación futura; cada una tiene que reescribir o reinterpretar su historia, su pasado, con vistas al futuro. Aristóteles, el gran filósofo griego, afirmaba que dice más verdad la poesía que la historia; pero ya no digamos la poesía: la literatura, en términos generales, dice más verdad que la historia.

Carlos Marx prefería, por ejemplo, la lectura de *La comedia humana* de Balzac a la de la literatura naturalista de Emilio Zola; es decir, el ente histórico francés del siglo XIX y la sociedad en que estaba inmerso se reflejan con mayor verosimilitud en la obra del primer novelista que en la del segundo; los enfoques novelísticos de ambos difieren porque sus puntos de vista y condiciones son distintos, lo que no impide que sean verdaderos sus juicios, aunque contrarios. La historia es un saber del hombre, el hombre es contradictorio y no sabemos qué es el hombre todavía.

Yo tuve mi punto de vista contradictorio en las polémicas con los historiadores rusos por lo que les acabo de decir sobre Obregón; ellos tenían sus verdades a las que acusé de demasiado dogmáticas, y esto lo hice en el año de 1961. Ahora es fácil meterse con los rusos, con su filosofía y con su historia, pero hacerlo en 1961 no era tan fácil; se me acusó de antimarxista, antileninista, y yo realmente era desde entonces antistalinista, que es una cosa muy diferente.

El trabajo benedictino de los historiadores tiene dos fases: la primera –ya se los habrán dicho sus maestros con toda seguridad pero no está de más repetirlo– es el trabajo hermenéutico (no se espanten por la palabra, es griega pero no tiene la menor importancia). En la fase prehermenéutica se dedica el historiador a recopilar las fuentes históricas de todo tipo, todo lo que pueda encontrar sobre tal o cual acontecimiento histórico; ordena estas fuentes y las jerarquiza desde su punto de vista personal valorativo. Una recomendación: nunca podrá un historiador alcanzar la totalidad de las fuentes; esto que quede muy claro. Hubo maestros eminentes en México –y los hay todavía–, que por ese prurito, ese deseo, ese afán de abarcar todas las fuentes, nunca escribieron ni escriben nada porque les falta siempre un documento o dos documentos o cien documentos. Existen casos penosos de hombres de extraordinario saber que se han ido de este mundo sin dejarnos los conocimientos profundos que tenían sobre tal o cual momento histórico; por eso el prurito de querer totalizar las fuentes limita enormemente el quehacer del historiador: nunca las tendrá todas en su mano, así que hay que atreverse a equivocarse y expresar su verdad con lo que uno tiene.

En la segunda fase de ese trabajo benedictino está la eurística o interpretación, para la cual debe el historiador desprenderse en lo posible de toda flagrante subjetividad, hacer un esfuerzo por ello; debe tener en cuenta que en la selección que hace de las fuentes, la subjetividad se introduce. El futuro historiador debe considerar además, la recomendación que nos daba desde el siglo pasado Burckhardt, quien decía que el historiador no tiene por qué regañar a los muertos; también ha utilizado esta expresión O’Gorman, diciendo exactamente lo mismo: que no hay que regañar a los muertos sino hacer los intentos máximos por entenderlos; considerar, asimismo que, en los juicios históricos, una cosa es la inmoralidad del acto y otra la inmoralidad de los actores. La primera, la moralidad del acto –o inmoralidad del acto–, puede ser considerada en función de la concepción axiológica del mundo, o sea, de la escala universal de valores; la segunda dependerá de las circunstancias y perspectivas de los protagonistas, es decir, de las condiciones fluctuantes de la época.

Para terminar, dos grandes consejos que no son míos, sólo se los transmito: el primero pertenece al gran historiador y gran liberal Riva Palacio, autor de *México a través de los siglos*. Para los que van a estudiar historia mexicana o se van a especializar en ella, esta recomendación que nos da Riva Palacio es muy importante, y se refiere a la época colonial:

La Nueva España no fue la vieja nación conquistada que recobra su libertad después de trescientos años de dominio extranjero; fuente de históricos errores y de extraviadas consideraciones filosóficas ha sido considerada así, cuando es un pueblo, el mexicano, cuya embriogenia y morfología deben estudiarse en los tres siglos del gobierno español, durante los cuales, con el misterioso trabajo de la crisálida y con heterogéneos componentes: españoles, indios, mestizos, negros, mulatos, zambos, etcétera, formose la individualidad social y política que, sintiéndose robusta, proclamó su emancipación en 1810.

Esa es la primera recomendación de Riva Palacio; habrán visto el fondo filosófico positivista que entraña esta expresión (la “embriología”), spenceriano más que comtiano, que durante trescientos años va creando a esta nueva raza mestiza mexicana que es la que hace la historia de la Independencia.

El segundo consejo se desprende de las consideraciones de José María Vigil, liberal moderado que en el quinto tomo de *México a través de los siglos*, del que es autor, también nos da unos consejos que hay que tener muy en cuenta, sobre todo los historiadores noveles. Vigil fue el primer mexicano –estoy casi seguro de que fue el primero pero puede ser que me equivoque; no me importa que venga otro y me diga que estoy equivocado, pues qué bien que me equivoque y qué bueno que yo dé motivo a que usted averigüe la verdad– así lo creo, que hizo hincapié en la necesidad de que todo joven mexicano y, sobre todo, estudiante de la historia, debiera conocer la época prehispánica; lo dijo, además, en una época donde decir esto era un poco extraño y fuera de moda, digamos de la moda política de aquel tiempo. Nos dice José María Vigil que, así como Alfonso Reyes era uno de los que pensaba que no estaba de más estudiar latín y griego (por supuesto que no está de más para un historiador, sobre todo si se va a dedicar a la historia colonial, el latín es fundamental; claro que Alfonso Reyes afirmaba que él quería el latín para las izquierdas porque, como la Iglesia ya lo había abandonado, ahora la izquierda o las izquierdas recogían el reto y debían profundizar en los conocimientos del latín). Pues bien, así como Reyes afirma lo anterior –insisto–, José María Vigil reconoce que es muy necesario que aprendamos griego y latín pero, para él, lo que resulta fundamental para identificarnos es que aprendamos náhuatl los de México, y los otros, el otomí, y en Yucatán el maya, esto es, no perder esa raíz fundamental de la historia, de la lengua, del conocimiento filosófico y natural

del mundo que tenían estos antecesores del mexicano mestizo actual. Para José María Vigil, “los pueblos no pueden prescindir de su pasado puesto que esta es la única base segura para conocer el presente y preparar el porvenir”. Continúa diciendo que él “rechaza por igual la instancia cultural hispánica y la indígena”; ·las rechaza en tanto se contrapongan:

lo que hay que hacer es unificarlas, sumarlas; la asunción de ambos valores, el hispánico y el indígena, permitiría que México, en lugar de ser un país de anomalías se convierta en una nación normal que asuma sana y conscientemente su personalidad mestiza, ya biológica, ya cultural o bien ambas, en cuanto único y posible camino de salvación [todo ello lo dijo por 1880. Para alcanzar la meta propuesta se necesitaba] instrucción histórica para todos y sólo así el hombre mexicano podría transformarse en ciudadano mexicano, o sea, la categoría natural en calidad social, en lugar del camino enajenante emprendido por el positivismo barrediano al proponer el único que haría posible salvar el desnivel cultural que separaba a México de Europa y Estados Unidos, la instrucción útil en general y, en particular, la enseñanza de una historia inútil, no oficial.

Y observa, además, las dos tendencias o escuelas históricas interpretativas: la española –como él la llama– y la mexicana, la indígena o prehispánica. Vigil actuaba dentro de la corriente moderada liberal y, por tanto, poseía una comprensión de la historia patria que era ajena –si no adversa– a la interpretación liberal acendrada, pura, antitradicional. Lo que el sereno crítico veía de ineficaz en la oposición es que el carácter contradictorio de las dos direcciones no proporcionaba al ciudadano mexicano una seguridad en sí mismo; esta inseguridad emocional, producida por la típica contradicción lógica de naturaleza neoescolástica, originaba un sentido depresivo, una desilusión peligrosa que hacía a los mexicanos sentirse inseguros y juzgarse incapaces para todo lo extraordinario y grande. “Nos abruma –dice– un funesto sentimiento de inferioridad [desde Freud para acá lo llamamos complejo] que se acusa mayormente en la raza indígena pero que no deja tampoco de manifestarse en la criolla que se muestra así carente de energía creadora y de fe en sí misma”.

La catarsis espiritual que propone Vigil para sublimar ese funesto sentimiento o complejo que aquejaba a indios y criollos, pero que casi no actuaba (cosa curiosa) entre los mestizos ya lo conocemos: consiste en la ya indicada



revaloración de la historia nacional, en una purificación o acrisolamiento que permitiría refundirnos y desprendernos de la amarga, decepcionante y triste herencia intelectual de la generación postindependiente. Las contribuciones de José María Vigil a *México a través de los siglos*, así como sus prólogos y otros trabajos históricos, nos indican que es consecuente con su programa regenerador, que asentaba sobre sólidas bases históricas el desarrollo futuro de la nación. De ahí la importancia que tiene el estudio de la historia, de ahí la importancia de los jóvenes deseosos de ser profesores o investigadores de la historia, o las dos cosas.

Lo que se admira más en el autor es la actitud de su pensamiento crítico, su llamado dramático a la creación original, propia, audaz, mexicana e intelectualmente desacabalada; posee su idea una vigencia tal que parece cúspide de las circunstancias y necesidades de nuestro tiempo. Todavía no ha alcanzado México la grandeza presumida por nuestro autor, mas en su búsqueda –pese a los procelosos mares por los que va económicamente malnavegando la nación– debemos sentirnos todos colaboradores; la conciencia auténtica de la historia mexicana puede ayudar mucho a encontrar el bien y el seguro puerto del progreso; en definitiva, si es que hemos entendido bien, si es que he entendido bien el mensaje de Vigil, el famoso complejo de inferioridad que trava y frena al mexicano no deja de ser, a fin de cuentas, sino una viciada y mala digestión de su historia.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS